



MARICHU

LUIS DE OCHARAN MAZAS

MARICHU

EXPLICA DE SU SIGNIFICADO AL
CLASIFICAR DE OCHARAN MAZAS Y
YUSU AS OCHARAN MAZAS

SEGUNDA EDICIÓN

LUIS GILI, LIBRERO-EDITOR

CLARÍS, 82, BARCELONA

— 1918 —



D. LUIS DE OCHARAN MAZAS
Autor de la novela "Marchu"

CAPÍTULO IV

A BESUGOS

A pesar de lo profundo y tranquilo del sueño, la fuerza de la costumbre despertó al matrimonio a la misma hora, con pocos minutos de diferencia. Comenzaba diciembre; eran las cinco y media de una mañana fría, y, antes de abrirlos, advirtió Quico en lo sutil y helado del aire que por los mal ajustados postigos se colaba, que corría el viento norte. Abriólos, y, al ver el cielo tachonado de estrellas, dijo a su mujer:

— Ya las oídu, Trenidá; acaba de vocear las cinco y media Tanasio; el aspecto del tiempo es manífico, y haz lumbre para preparar eso.

Eso, era simplemente un poco de leche, en la que se sumergían los mendrugos de pan, restos de la frugal cena del día anterior. Terminado el desayuno, descolgó Quico un tamboril y un silbo, pendientes de grueso clavo, hincado en el marco de la campana de la chimenea de la cocina; llenó los bolsillos de pequeños guijarros, que había apañado la víspera en el pedregal de señá Santiaga; se encaminó escalera abajo, y, apenas traspasó el umbral de la puerta de la calle, aplicando el silbo a los labios y el palillo al parche, sin dejar de andar, tocó vulgar pasacalle, música que, en su agudo y sonoro lenguaje, avisaba a los pescadores la hora de prepararse para hacerse a la mar, a fin de ganar el pan cotidiano.

Así recorrió las calles de la villa, tamborileando sin tregua hasta llegar a la punta del muelle, donde colgó tamboril y silbo de la perilla de un cañón que, empujado boca abajo, servía de prois a las embarcaciones de la Dársena. Apenas terminó esta faena, y mientras depositaba en el suelo los cantos que había metido en los bolsillos, asegurándose con mucho cuidado de no dejar ninguno en ellos, comenzaron a afluir a la Dársena,

por todas las bocacalles que en ella desembocaban, multitud de pescadores de todas edades, provistos de suestes, *cofas*, remos, estrovos, *tangartes* y otros utensilios necesarios para su peligroso oficio.

Alumbraban a los marineros los pinches de sus lanchas, provistos de hachos, quienes los avivaban, describiendo con aquellas pajizas teas círculos de toda la extensión de sus brazos, iluminando así pintorescamente los grupos de gente y toda la Dársena.

A la mortecina luz de dos candiles, que alumbraban el estrecho recinto de la taberna de la Barbera — taberna cuyo ambiente adiáfano, formado por la densa nube de humo de cigarros y mecheros de aceite, luchaba en vano para lanzarse al espacio por la puerta de entrada, único punto de contacto entre aquel tugurio y el aire exterior, y que, según expresión propia de los marineros allí reunidos, se podía cortar con un *cochillo* —, vislumbrábase a Tío Roque, el patrón veterano, y a varios cofrades, quienes *malaban el gusanillo*, antes de hacerse a la mar, con unas copas de aguardiente, brebaje que aquella ruda gente como néctar saboreaba.

Poco después, entre incesantes murmullos, fueron tripulándose las lanchas de altura con sus diez y ocho hombres cada una, número necesario para poder luchar al remo con las inclemencias de las olas cuando el mar se embravece, lo que sucede, por desgracia, con demasiada frecuencia.

El *Tuertu* fué de los primeros patrones que con su gente tripuló su lancha, y entre "¡Desatraca, burro...! ¡Arría, solichón...! ¡Orza, canalla...! ¡Bogar, chachos...!", enfilaba la proa de su lancha la punta del muelle donde estaba Quico, el cual, a estas alturas, volvió a lanzar al aire las notas del pasacalle, si bien esta vez siguió tocando sin moverse de su sitio.

Esta costumbre de salir al mar los pescadores arrullados por aquella para ellos música clásica, tuvo su origen en el siguiente discurso que pronunció Pajarito, marinero de gran iniciativa, sempiterno hablador — en el idioma inglés inclusive —, quien, en pleno cabildo de mareantes de San Andrés, soltó la lengua a estas razones:

— Os digo, veis, ¡recontral, que tan presto como paran de tocar a besugos, con aquel aire, es decir, que afita, o pensando en celajes, que asina pueden echar una

brisa, que no mova la lancha con la mayor isada, como una fogata de viento o una mano de agua y grandonizos, que se bulren de los suestes, entran al hombre angunas malencolías y para esparcelas, al salir del puerto, que toquen hasta que la última lancha vire junto al canto de Santa Ana, y también desde que escomiencen a entrar de vuelta o de arribada. Además, pues se toca, sea del cargo de quien lo haga el iten de la cuenta de las embarcaciones salidas, y con el mismo aquel que las conte cuando gielvan por la noche, y asina, si falta alguna, dará la voz a quien corresponda para poder dirla a buscar antes con antes, sin dejarla abandonada en las santimperies de la mar por inorancia del caso; cuanto más, ¡recontral, que por eso en nada aumentaría el sustipendio del toque; porque si no, ¿digáme, chachos, si cuesta mucho cuando vais entrando en la Dársena, traendo fuerza de besugos, alventar uno, aunque sea chiquitu, a Quico, para que de ese modo se cobre de su trabajo? Lo que es yo, Pajarito, vos digo, y aquí me caiga muerto si miento, con aquel regocijo de ver los runes llenos de pesca, le daría contento, no un besugo, sino más que fuera una melruza.

Y así se acordó, pero teniendo cuenta con esta observación de Tío Roque: que lo del besugo no fuese obligación y se diese sólo cuando la abundancia de pesca lo permitiese; porque, lo que él decía: No es lo mismo chiflar y meter bulla, que jalar de remo y aguantar la que venga en el Gran Canto.

Se comunicó el acuerdo al tamborilero; aceptó gustosamente el trato, y se dió a pensar en los medios de que se valdría para llevar fielmente y sin *dengún equívoco* la cuenta del número de lanchas salidas y entradas, para dar el oportuno aviso, si llegase a faltar alguna.

El caso se resolvió entre marido y mujer, por juzgarlo casi de conciencia; y dijo Quico a Trenidá:

— Es acuerdo del cabildo, y así se ha estipulado, motivao a lo dicho antier por Pajarito, que toque yo mientras salen a besugos, y lo haga mientras van entrando por la tarde.

— ¡Eso, sí, demoníricos! El trabajo para Quico. No parece sino que no pillará ningún besugo Pajarito, si no le dan senfonía con el órgano de Santa María.

— Calla, mujer, que yo toco; pero nos tocará a nos-

otros una pila de besugos a poco que pinte la costera, pues se trató de que, por vía de sustipendio, me alventaran algo de pesca al entrar, cuando trajesen fuerza de ella.

— Esas son otras retólicas y harina de otros costales. Asina, bien que toques...

— Pero aguarda, mujer de Dios; que debo llevar cuenta, al mismo tiempo que toco, del número de lanchas que salen, para después contarlas cuando entran, por si falta alguna avisarlo a escape, para que puedan dir a socorrerla antes con antes; y el aquel de la cuenta es lo que me aflige el pensamiento, por lo responsable del caso.

— Togas en poca agua. ¿Tienes más, bobo de Dios, sino llevar en el bolso un cacho de ladrillo? Que sale una lancha..., pues haces una raya en el cañón de la punta del muelle; sale otra, pues otra raya; sale otra, pues asina por el mismo arte...

— Nada de rayas, Trenidá, nada de rayas; que ya di en el aquel del caso. Lo que voy a llevar en los bolsos del mi chaquetón será una pila de cantos redondos, así de chiquitos — y mostró a su mujer la falange del dedo pulgar —. Llego a la punta del muelle, allí los varcio con cuidado y los apilo al par del cañón. ¿Que sale una lancha...? Pues en el mismo ser que pasa su popa al rape del muelle del norte, aparo de tocar y un canto al bolso. ¿Que sale otra...? Pues otro; y así por este arte, embolso tantos cantos como embarcaciones de altura haigan salido. Llega la tarde, entran las lanchas y así que enfilo la proa de una con el cañón del muelle del sur, alvento un canto al agua; que enfilo otra, pues otra; hasta varciar los que haiga en el mi chaquetón. Apalpo sus bolsos, y queda una piedra, pues falta una lancha. La cuenta no falla, Trenidá; y todo estriba en pasarme los días que vaigan a la mar con unas cuantas libras de peso auestas, que no es gran penitencia; y pensar que durante el día pierda yo algún canto de los mis bolsos, antes perderé una muela de la mi boca.

Decíamos que apenas quedó tripulada la lancha del *Tuerth*, volvió Quico a lanzar al aire las notas del pasacalle, música que cesó un instante, el preciso para que el tamborilero apañase uno de los cantos que poco antes había depositado en el suelo y lo guardase en el bolsillo

con sumo cuidado, pues en aquel instante salía fuera de la Dársena la embarcación aquella, deslizándose suavemente, impelida por los diez y ocho remos, que levantaban vago murmullo al golpear acompasadamente las tranquilas ondas. Ya doblaban el canto de Santa Ana cuando, a la voz del patrón "¡Remos arriba!", cada uno de los tripulantes levantó el suyo. Descubriéronse los de a bordo y rezaron devotamente una Salve, dirigiendo su mirada a la imagen de la Santísima Virgen, que se ostenta sobre la crestería que recorta debajo del azul del cielo la línea seca del tejado de la monumental iglesia de Santa María. Jamás aquellos tan rudos cuanto nobles marineros de Flavióbriga se hacían a la mar sin encomendarse a la Santa Patrona de su villa, para que los amparara en los constantes peligros de su arriesgada profesión.

Mientras el *Tuerto* empuñaba el timón y la tripulación izaba la vela mayor en medio y el tallaviento a proa iban creciendo, como oleadas de temporal que se avecina, los rumores, murmullos, gritos y ruidos de maniobras, y media hora después tenía ya Quico en sus bolsillos treinta y dos cantos, pues una tras otra habían salido a la mar ese número de lanchas. Al Cojo, al Chico, al Gorito, al Portugués, Merlín, Marujón, Viruela, Toletes, Cascarillas, Borriquito, Tío Roque, al Cano y a otros varios patrones, bien seguro estaba de haberlos visto salir, patronando sus respectivos barcos de pesca; pero no a Escampavía; por eso siguió tocando un buen rato; mas viendo que transcurría mucho tiempo, cesó en su música y se dirigió hacia el Pescado, que así llaman en la villa en que esto sucedía al sitio donde aquél se vende. Desde allí vió, en la rampa de la calle de la Correría, varios marineros que forcejaban por poner a flote una lancha, mientras el patrón, Escampavía, entre juramentos, apóstrofes y gesticulaciones grotescas, saciaba su cólera en un muchacho descalzo de pie y pierna, pues sólo cubrían sus carnes medio pantalón y tres cuartos de camisa; y para que no se diga que exagero, ahí va la muestra:

— ¡De tu sangre hay de beber...! ¡Toma, so pillo...!
— Todo esto sin dejar de largar chicotazos a mano de ciego —. No hay de parar hasta majarte como el macizu...
Anda, lichón; maldita sea la leche que mamastes, ¡redielal!

Añádase a esto mil juramentos y no pocas blasfemias. ¡Y cómo se multiplicaba aquel energúmeno! Sin cesar en el vapuleo, tan pronto la emprendía con los marineros, que no conseguían poner a flote la lancha, como echaba a rodar por el cieno al pobre muchacho:

— Deja, hijo de una cabra — y lo era suyo —, deja que vare la embarcación. ¿Cómo vamos a dir a la mar, si no flota...? ¡Hala, marranos; que paicéis señoritos haciendo feugas cuando echan un baile! ¡Duro ahí, solichones; apretar el hombro...! Malas centellas te lleven a ti, que la dejaste en mal sitio.

Afortunadamente, el hijo pudo zafarse del padre, huyendo rampa arriba. Siguióle Escampavía; pero apenas llegó al Pescado enmudeció súbitamente, tragándose la última blasfemia, que tenía ya en el pico de su lengua, y largó el rebenque que blandía, a guisa de disciplina, de la irritada diestra, porque en aquel instante se encontró frente a frente con un hombre de atlético porte, velludo, recio de carnes, suelto de miembros, rostro moreno, nariz perfilada, cejijunto, mirada de águila, barba y cabellos grises y rizos. Vestía el modesto hábito de los hijos del Seráfico Padre, y en su persona hermanaban la energía varonil y el plácido contentamiento que a un cuerpo a prueba de enfermedades presta la tranquilidad de conciencia.

— ¡Así hablan los demonios, Escampavía! — dijo al marinero —. Así de Dios maldicen eternamente. Es infinita su misericordia, ¡coraje!, cuando no te ha precipitado ya mil veces a los infiernos, ¡coraje... coraje! ¡Alabado sea el sacratísimo nombre de Dios eternamente! ¡Alabado sea!

— Ya se conoce que no tiene usted que dir a la mar para ganarlo — se atrevió a replicar Escampavía, a pesar del respeto que le infundía el fraile.

— Dejé zaborar la lancha, ¿verdad? Y ¿qué importa una zaborada? ¡Coraje! Nada hay en la tierra que justifique esos transportamientos, porque en el mundo todo tiene remedio, menos la muerte; y la muerte lo remedia todo, ¡coraje!

Mientras así hablaba, el franciscano, seguido del aplacado marinero, bajó la rampa del Pescado, dió algunas órdenes a quienes inútilmente trabajaban en poner a flote la embarcación, holló resueltamente el cieno de

la Dársena, en cuyo negro fondo desaparecieron sus sandalias, arremangó el hábito, aplicó el hombro al branque y, tras un esfuerzo gigantesco, con un "¡Hala, valientes!", y dos o tres ¡corajes! hizo que la lancha se deslizara lo necesario para flotar tranquila y majestuosamente en las dormidas aguas de la Dársena.

Esta hazaña del franciscano no causó la menor extrañeza entre aquellos marineros, porque estaban cansados de saber que lo que diez o doce de entre ellos no alcanzaban tras de repetidos esfuerzos, lográbalo el fraile al primer empuje de su hercúleo hombro, con sólo largar arreo tres o cuatro ¡corajes! Por eso ni los tripulantes manifestaron al franciscano admiración ni agradecimiento, ni el franciscano extrañó la conducta de los tripulantes, los cuales no perdieron tiempo para rescatar el perdido; porque no hizo el padre Coraje más que llegar a la punta del muelle, bajar la escalera de piedra y chapotear con sus pies sobre el primer peldaño, cubierto ya por la marea, para quitar así el légame que recogieran sus sandalias y subir al lado de Quico, cuando éste, que, fiel al cumplimiento de su deber, seguía tocando, metió en uno de sus bolsillos el canto número treinta y tres, porque la lancha de Escampavía se hacía a la mar en aquel instante.

— Buena suerte, hijos míos, y cuidado con las lanchas, ¡coraje! Id con Dios — dijo el fraile.

— Él le acompañe — contestaron los de a bordo.

— ¿Cuántas han salido, Quico?

— Treinta y tres cantos hay metido en los bolsos del mi chaquetón, fray Ceferino.

— Según tu cuenta, salieron todas.

— ¡Mire que a la última la tripulaba buena tropa! ¡Si parece que el diablo los arrejunta! No hay en el gremio gente más borrachona y descastada que ésa.

— ¡A quién se lo cuentas, Quico, a quién se lo cuentas! ¡Coraje! Si tiene uno que taparse los oídos cuando largan la sin hueso. Y es gran lástima, ¡coraje!, con ese corazón de oro que tienen la mayor parte. ¡Ahí tienes al patrón, que es de primera, ¡coraje!, de primera!; pues no se morirá de hambre su vecino mientras él tenga para sí un solo pedazo de pan. El vino los pierde, Quico; los embrutece, y lo peor es que paga los vidrios rotos la gente de su casa.

— Le sobra razón, fray Ceferino, y para mi cuenta,

gracias que usted no melindrea para favorecer a los del gremio, a la hora presente está navegando Escampavía. ¡Cristo, qué hombral a modo de palanca, qué nervios y qué plumones tiene usted! Dios nuestro Señor se los conserve.

Así discurrendo, charla charlando, llegaron hasta la ermita de Santa Ana, donde el padre Coraje enmudeció, absorto en la contemplación del grandioso panorama, mil veces por él admirado, pero que siempre nuevo e incomparable le parecía. Allá al frente, en un cielo purísimo, al que no empañaba nube alguna, en el confín de lejano horizonte, se elevaba, surgiendo majestuosamente las cimas de los vizcaíno montes, entre humeantes perlinos cendales, legados de la fulgente aurora, el disco del sol, cuya arrebolada luz rielaba las menudas e intranquilas ondas, con que rizaba la suave brisa del norte la superficie del mar. Más acá, las acantiladas rocas y abruptos peñascos que al Océano limitan sus dominios; aquellas riscosas soledades, cuya base adornan las olas con ancha cinta de espuma en eterno combate para arrancarlas. Detrás las cumbres de la ingente cordillera cantábrica, desde Candina hasta el Villano, esfumándose sus cúspides lejanas en las violáceas tintas del horizonte, veladas por vaporosa matutinal neblina. En las ondas las lanchas, la lona al viento, alejándose todas dulcemente en demanda de las besuguescas playas, como alegre bandada de gaviotas, y a sus pies el escabroso peñasco donde la ermita se asienta, sirviendo de digno mirador para tal espectáculo.

— ¡Madre, qué guapo está el cielo! — exclamó Quico.

— ¡Qué grande es Dios! — dijo el fraile.

Poco después el padre Coraje fué a su convento y el tamborilero a sacar unas *usanas* para pescar unos *barbos* a la punta marea.

No le fué mal del todo al pescador tamborilero, a juzgar por el siguiente diálogo, que trabó con Trenidá en la cocina que conocemos.

— ¿Has pillao algo, Quico?

— Mira, mujer, no es gran cosa, vamos a un decir, para un día tan hermoso; pero otra vez será peor: ahí tienes, siete julias; chiquitillas son, pero algo valen; cuatro barbos..., y estos dos ya tendrán una libra cada uno mejor que tres cuarterones. — Hizo aquí la mujer

un gesto afirmativo. — Y hay pillao también esta pulpe, que mal rayo para ella, porque me rumió los cocos antes que pudiera voltearle la capilla. ¿Qué valdrá esto, Trenidá?

— A no estar de balde la pesca, no la pagaban con diez riales; pero no fuera malo que cayeran en la faltriquera del mi refajo seis por ella. No sealcontra quien lo pague, y malos demónicrios me lleven si los ricos comen más que besugo, y eso cuando no lo quieren en las escabecherías. ¿Copinas, Quico?

— ¡O que te paizca; y, sobre todo, lo que puedas. Si sacas seis, serán cinco, porque se me quedó en roche la sereña; tuve que hacerla faltar y perdí los anzuelos, cocos, plomada y más de seis brazas de aquélla, lo cual más de un real vale; pero, mira, mujer, ahora se me viene a las mientes que te pases por Arroyuelo. A don Valentín le gustan mucho los barbos, vamos a un decir, barbarines, como él los llama; y al mismo ser son ricos de verdad como amantes del probe, y asina creo que aquel sea el camino más reuto para nuestros fines.

— Razón te sobra, Quico, pues los de Iturriechea son plata de ley. Conque hasta la vuelta, que Arroyuelo es mi ruta.

Se guardó la *pulpe* para comerla en casa, y una hora después regresaba Trenidá, diciendo a su marido:

— ¡Bien me lo decías, Quico! Doce riales me dieron por ello.

— Si conoceré yo a éstos, mujer.

— Además que no sabemos cuántos nos echarán, porque el día ha estado aparente para ello y deben haber pillao fuerza de besugos.

Las cuatro de la tarde mentía el reloj de la Casa de la Villa cuando Quico, para repetir la tamborilesca música, se proveyó de silbo y tamboril y, paso ante paso, se encaminó a la punta del muelle del sur de la dársena. Media hora después tocaba lo más escogido de su repertorio y lanzaba al agua el primer canto de los que guardaba en sus bolsillos desde la mañana, porque entraba en la dársena la primera lancha que regresaba de la pesca de besugos. La tripulación de la segunda acababa de arriar la mayor, y se disponía a hacer lo mismo con el tallaviento, al pasar junto a las rocas de la Atalaya, cuando el patrón, Tío Roque, avistó a unos

marineros que desde aquellas alturas se solazaban contemplando el arribo de las lanchas, y con voz estentórea les gritó, mientras ordenaba drizas, escotas, velas, motones y otras artes enredadas entre sus pies:

— ¡Bien, pichis, bien! Estarvos, estarvos ahí aposaos en las espeñas, a modo de butres, al socaire de la pader. Apapéis vientu, ¡centellas!, porque asina, hijos, llenaréis el estuémago de ello, consolándovos con que no sufriréis al hacer la indigestión.

— Jeringarse, piojoso — dijeron los de arriba.

— Abaja aquí, solichón, a matarme lo que alcotres. Ya doblaba Santa Ana; pero sin cesar de murmurar, Tío Roque, y no oraciones, abocó su lancha la gola de la dársena.

— ¿Se le echo, señó Roque? — preguntó un marinero.

— Échale, pos hay fuerza de ellos.

Un instante después caía un besugo a los pies de Quico, quien acababa de lanzar al agua el segundo canto. “¡Lechó!”, exclamó una voz en el muelle del norte; “¡Lechó!”, repitieron varias en el muellecillo, donde se había reunido un abigarrado grupo de gente, atraída por la llegada de las lanchas. Esta palabra regocijaba, conmovía y alborozaba a todos. Vivían de la pesca y sus productos, conocían el tributo que espontáneamente pagaba el gremio de mareantes al tamborilero, y echarle el besugo era clara muestra de que los traían en abundancia.

Atracó Tío Roque al muellecillo; los tripulantes de su lancha sacaron la pesca para llevarla a la venta, saltó a tierra el veterano patrón y *abordó* al padre Coraje, que, con su lego, provisto de un gran cesto, formaba parte del grupo de curiosos que pululaban en aquel sitio, con estas palabras:

— Ya hay dichu a esa tropa que le den cuatro, fray Ceferinu.

— Dios os lo premie, Tío Roque; y por lo que me toca y atañe, sabes que se aprecia de veras, ¡coraje!

— De mi cuenta hoy llena el cestu, pues, según el arte, todas deben traer besugos a mantá, aunque ya sé yo que algunos holgazanes, que quisiera tener al costao para darles lo que yo me sé, más habrán pillao vientu que besugos, ¡centellas!, porque lo que es yo, jamás hay pescao denguno en las espeñas de la Atalaya, ¡mal rayo!

Y el hombre se alejó rumbo a su casa, cargado del

cesto de pesca donde guardaba los aparejos y ropas de agua. Caminaba dando semiguñadas, mirando algo a sotavento, y si a esto se añade que gruñía sordamente, se comprenderá que aquel rumor era de la resaca, resto del oleaje, que levantó en el pecho del veterano marinero el agravio de los vagos de la Atalaya.

Obedeciendo a su patrón, los de a bordo dieron al lego cuatro besugos, cargaron con los cestos llenos para llevarlos a la venta, y cada cual se fué a su casa, seguido o acompañado por su mujer y deudos.

Acertó Tío Roque al augurar al padre Coraje que realizaría buena colecta, pues no quedó patrón que no diese gustoso el óbolo pescaderil; y desde Cascarillas hasta Merlín y Escampavía, todos depositaron el de su pesca en el cesto de *Grabiél*, que éste era el nombre del lego.

Tres cuartos de hora después cesó el tamboril, y Quico fué a su casa con los bolsillos vacíos de cantos, pero con siete besugos que colgaban de su mano, ensartados por sus *nascarejas* con un nimb্রে.

Escampavía, que no atracó al muellecillo de la Corre-ría, sino al de la Plazuela, no vió al padre Coraje, como deseaba, porque éste se hallaba en el primero de dichos muellecillos; pero, en cambio, avistó a su hijo, vapuleado tan bárbaramente diez horas antes, y, poniendo en sus manos dos besugos escogidos, le dijo:

— Ya estás andando, ya, canalla. Larga hasta el conventu y entrega esto al padre Coraje, que también los frailes comen. ¡Hospa...! Ya estás de vuelta... Y le dices que éstos son propiamente para él y no para el conventu, pues los otros ya se los daremos a Grabiél. Lo dichu; ya estás de vuelta.

El muchacho no se hizo de rogar y partió escapado hacia el convento de San Francisco; mas viró en redondo, pues otro *chicho* le dijo que el padre Coraje estaba en la rampa de la Correría. Allí topó con el franciscano, diciéndole al entregarle los besugos:

— Pae Ceferinu, dice mi padre que le dea esto; porque dice mi padre que también ustedes comen...

— Nadie vive del aire, ¡coraje! Di a tu padre que se estima el obsequio.

— Y dice también mi padre que se los da propiamente para usted, y no para el conventu.

— Enterado, ¡coraje!

— Y dice también mi padre que los otros ya se los han dado ellos a Grabiél.

— Bueno, ¡coraje!

Esto dicho, tomó el regalo de manos del rapaz y caminaron padre y lego hacia el convento; pero, al cruzar la calle de San Francisco, se desvió el primero, llegando a una mísera vivienda de la calle de Atrás; empujó la puerta, penetrando en un tugurio donde yacía enfermo un pescador anciano y entregó a una pobre mujer, también anciana, que le asistía, el par de besugos, diciendo:

— Toma, Tanasia, y da las gracias a Escampavía, porque te prevengo que yo no los he pescado.

Y sin querer oír una sola de las palabras de agradecimiento de la buena mujer ni del enfermo, se lanzó a la calle murmurando:

— ¡Coraje! ¡Coraje! Al decir yo esta mañana a Quico que tienen un corazón de oro, por algo se lo decía, ¡coraje!

Iba el padre Coraje a trasponer el arco que daba acceso al convento de San Francisco, por la calle de Santander, cuando se detuvo, viendo venir a don Diego Hurtado de Mendoza. Caminaba el mayorazgo flaviobrigense con gran prosopopeya, y no aceleró el paso al observar la detención del franciscano, a quien dijo poco después, ya a su lado:

— Muy buenas tardes nos dé Dios, fray Ceferino.

— Diga usted noches, don Diego; porque con esta luz no se enhebran agujas, ¡coraje!

Mientras hablaba, el padre Coraje sacó el mayor besugo entre los que llevaba el lego en el cesto, y, asién-dolo del rabo con la diestra, eclipsó con el pez el rostro de su interlocutor, diciendo:

— ¡Vaya una pieza!, ¡coraje!

— ¡Superior, fray Ceferino...! ¿Es del convento?

El padre Coraje volvió el besugo al cesto, diciendo:

— Escampavía me dió dos superiores, ¡coraje!; pero fueron a parar a manos de quienes los necesitaban más que usted y yo, señor de Mendoza.

— Diga usted, fray Ceferino: ¿eran tan hermosos como el del cesto?

— Más hermosos, ¡coraje!

— Otro día será, fray Ceferino.

— Y no han de pasar muchos, ¡coraje!

Diciendo esto, sin más saludo, mayorazgo y fraile se separaron. Éste penetró en su convento, y aquél caminó hacia la Correría, con afectado majestuoso porte, mientras murmuraba:

— Este demonio de padre Coraje bien podía haber topado conmigo antes de largar los besugos de su propiedad, porque, ¡mire usted que sabrían a gloria dos besugos tan hermosos como el que me ha mostrado, condimentados por la sin par freidora señá Andrea, después de un paseito hasta la Pared de los Escribanos, sobre todo con un comensal tan campechano como mi buen amigo el celeberrimo franciscano!